

— Señor, dijo la reina, allá abajo hay un espectáculo digno del rey de Francia; venid, venid.

Y tomándole de la mano le lleva sin mirar á Charny, que hunde las uñas de su mano en su pecho.

Llevando á su hijo de la mano izquierda baja las escaleras; una oleada de cortesanos la precede y la arrastra; y llega á las puertas del salon de la Opera en el momento en que por la vigésima vez los vasos se vaciaban á los gritos de ¡viva el rey! ¡viva la reina!

CAPITULO XLVI

El banquete de los guardias.

En el instante en que apareció la reina con el rey y su hijo en el salon del teatro de la Opera, una inmensa aclamacion se oyó por todas partes, semejante á la esplosion de una mina.

Los soldados entusiasmados, los oficiales ébrios de alegría, levantaban en alto sus sombreros y sus espadas, gritando :

— ¡Viva el rey! ¡viva la reina! ¡viva el delfín!

Las músicas empezaron á tocar la cancion de *¡O Richard! ¡O mon roi!*

La alusion que encerraba esta música era tan trasparente, estaba en tal consonancia con el pensamiento de todos, representaba tan exactamente el espíritu del banquete, que un acompañamiento general de voces entonó sus palabras.

La reina, entusiasmada, olvidó que se encontraba rodeada de hombres acalorados por los licores; el rey, sorprendido, conocia muy bien, ayudado de su buen sentido, que aquel no era su sitio, y que caminaba por una senda que no aprobaba su conciencia; pero débil y halagado por una popularidad y ardor que se hallaba poco acostumbrado á encontrar en su pueblo, se dejaba conducir poco á poco del entusiasmo general.

Charny, que durante toda la comida no habia bebido

mas que agua, se levantó y palideció al ver á la reina y al rey en aquel sitio, pues habia llegado á tener esperanzas de que todo pasaria lejos de su presencia, y entónces le importaba poco lo que pudiera suceder.

Lejos de ellos, todo podria desmentirse, retractarse; pero la presencia del rey y de la reina era la historia.

Su terror se aumentó mucho mas así que vió á su hermano Jorge acercarse á la reina, y animado por una sonrisa, dirigirla la palabra.

Hallábase demasiado lejos para poder oír lo que decia, pero al ver sus ademanes, comprendió que se trataba de una súplica.

A esta súplica contestó la reina con una señal de asentimiento; y de repente, arrancando la escarapela que llevaba en su cofia, la entregó al jóven.

Charny se estremeció, estendió los brazos y estuvo á punto de arrojar un grito.

No era ni aun la escarapela blanca, escarapela de la Francia la que presentaba la reina á su imprudente peticionario, sino la escarapela negra, la escarapela del Austria, la escarapela enemiga.

Por esta vez la reina habia cometido mas que una imprudencia; lo que habia hecho era una verdadera traicion.

Y no obstante, estaban tan fuera de sí aquellos pobres fanáticos, cuya pérdida habia Dios decretado de antemano, que cuando Jorge de Charny les presentó aquella escarapela negra, los que llevaban la blanca la arrancaron de sus sombreros, y los que aun tenian la tricolor la pisotearon.

Y entónces la locura llegó á tal extremo, que á pique de ser sofocados por los besos, y de hollar bajo sus pies á los que se arrodillaban ante ellos, los augustos convidados tuvieron que tomar el camino de sus habitaciones.

Todo aquello no era sin duda otra cosa que un desbordamiento del carácter francés, que la nacion hubiera perdonado fácilmente si la orgía se hubiera contenido en los límites del entusiasmo; pero no fué así.

Aquellos buenos realistas debían, acariciando á su rey, ajar algun tanto á la nacion.

A aquella nacion en cuyo nombre se habia hecho tanto daño al rey, que la música se creía con el derecho suficiente para entonar :

« *Pent-on affliger ce qu'on aime!* »
¡Es lícito afligir á quien se ama!

Y con esta música fué acompañada la marcha del rey, de la reina y del delfin.

Apenas estuvieron fuera del salon, cuando los convidados, animándose mutuamente, trasformaron aquel recinto en una ciudad tomada por asalto.

Y á una señal dada por Mr. de Perceval, ayudante de campo de Mr. de Estaing, las cornetas resonaron al toque de carga.

¿Pero contra quién? contra un enemigo ausente.
 Contra el pueblo.

El toque de carga, esa armonía tan dulce para los oídos franceses, que produjo la ilusion de hacer tomar el salon del teatro de Versailles por un campo de batalla, y las hermosas damas que miraban desde los palcos por enemigos.

El grito de asalto resonó en mil bocas á un mismo tiempo y empezáronse á escalar los palcos.

Es cierto que los sitiadores se hallaban en un estado tan poco temible, que los sitiados les daban la mano para ayudarlos á subir.

El primero que llegó al balcon fué un granadero del regimiento de Flandes.

Mr. de Perceval arrancó una condecoracion de su pecho y le decoró con ella.

Verdad es que esta cruz era una cruz de Limburgo, una de esas cruces que nõ merecen el nombre de tales.

Y todo esto se hacia en nombre de la escarapela negra y en mengua de la escarapela nacional.

Pero de vez en cuando se oían surgir de un lado y de otro sordos y siniestros clamores.

Estos clamores quedaban, es cierto, ahogados por los gritos de los cantantes, por los vivas de los sitiadores y por el ruido de las cornetas; pero hallaban un eco amenazador entre el pueblo que seguía escuchando á las puertas, y que empezando, por admirarse concluía por llenarse de indignacion.

Entõnces se llegó á saber, primero en la plaza y luego en las calles, que la escarapela negra habia sustituido á la blanca, y que la escarapela tricolor habia sido hollada bajo los pies.

Se supo que un valiente oficial de la guardia nacional, que á pesar de las amenazas habia conservado la escarapela del pueblo, habia sido espantosamente mutilado en la misma habitacion del rey.

Despues circuló vagamente la nueva de que un solo oficial inmóvil, triste, y de pie á la puerta del salon, convertido en circo, habia mirado, escuchado, y presentándose luego trató de hacer recaer sobre si la falta de otro, aceptando con un leal corazon y con la intrepidez de un mártir, la responsabilidad de los sucesos cometidos por los furiosos que representaban en aquel funesto dia á todo el ejército; pero el nombre de aquel hombre, el único tal vez prudente que habia en la reunion, no fué ni aun pronunciado; y aun cuando lo hubiera sido, jamás se hubiera creido que el conde de Charny, el favorito de la reina, fuese precisamente quien, hallándose dispuesto á perecer por ella, hubiese sufrido mas por lo que habia hecho María Antonieta.

Por lo que toca á la reina, volvió á su habitacion aturrida por el vértigo que la causó aquella mágica escena.

Y bien pronto fué asediada por una turba de cortesanos y de aduadores.

— ¿Veis, la decian, veis ahora el verdadero espíritu en que se halla el ejército? Decid á los que os hablan de esa furia del populacho que proclama las ideas de la anarquía, si esa furia podrá luchar con el entusiasta ardor del ejército que ama á sus monarcas.

Y como todas estas palabras estaban en consonancia

con los deseos de la reina, ésta se dejaba mecer en el blando lecho de las ilusiones, sin notar siquiera que Charny no se hallaba á su lado.

Sin embargo, poco á poco fué cesando el ruido; el sueño del espíritu estinguió todas las locas alegrías, todos los fuegos fatuos, toda la fantasmagoria del ciego entusiasmo.

El rey pasó al cuarto de la reina en el momento en que ésta iba á acostarse, y la dirigió estas prudentes palabras:

— Veremos lo que resulta mañana de todo esto.

Aquel pobre rey, con esta frase que para cualquiera hubiera sido un prudente aviso, ménos para la reina, volvió á atizar en el corazón de aquella muger todos los odios y todos los deseos de venganza.

— Sí, dijo para sí María Antonieta luego que hubo salido el rey de su aposento; esta llama, encerrada hoy dentro de este palacio, será mañana un incendio voraz que ocupará toda la Francia. Todos esos soldados, todos esos oficiales que me han dado esta noche tan relevantes muestras de adhesión, van á ser apellidados rebeldes, traidores á la nación, asesinos de la patria; á los gefes de esos aristócratas se les llamará agentes de Pitt, satélites de un poder bárbaro, salvajes del Norte.

Esas cabezas que han lucido hoy la escarapela negra, van á ser escarneidas una despues de otra sobre las horcas de la plaza de la Greve.

Cada uno de esos pechos de que tan lealmente se escapaba el grito de ¡viva la reina! será atravesado en el primer momento por los innobles puñales y por las infames picas del populacho.

¡Y seré yo, y siempre yo, quien habrá sido la causa de todo esto! Yo, que en condenaré á muerte á tantos valientes servidores, yo, la inviolable soberana á quien halagarán por hipocresía, y ultrajarán despues por odio lejos de su presencia.

¡Oh! no, antes que llevar hasta ese punto la ingratitude para con mis únicos, mis últimos amigos, antes que ser

tan bajamente cobarde y desnaturalizada, haré que toda la culpa recaiga sobre mí sola.

En mi nombre se ha hecho todo; yo he sido quien ha escitado los odios.

Veremos hasta qué altura llega ese odio, y hasta qué escalon de mi trono se atreve á alzarse esa oleada impura del populacho.

Y la reina, excitada por aquel insomnio poblado de sombríos consejos, veía claramente el resultado del día siguiente.

Este día llegó envuelto en remordimientos y en siniestros clamores.

Aquel día, la guardia nacional, á quien la reina acababa de repartir sus banderas, aquel día, la guardia nacional, con la cabeza inclinada y las miradas estraviadas, se acercó á la reina para darla las gracias.

Era fácil de adivinar en la actitud de aquellos hombres, que no aprobaban nada de lo hecho, y que hubiesen mostrado una abierta resistencia si se hubieran atrevido á hacerlo.

Habian formado parte del acompañamiento, habian salido al encuentro del regimiento de Flándes, habian recibido invitaciones para el banquete, y estas invitaciones habian sido aceptadas.

Solamente que siendo mas bien ciudadanos que soldados, ellos fueron los que durante la orgía habian suscitado esos sordos rumores y aventurado algunas observaciones que fueron desoidas.

Estas observaciones eran al día siguiente una acusacion.

Cuando se dirigieron al palacio para dar las gracias á la reina, iban escoltados por un inmenso gentío.

Lo que atendida la gravedad de las circunstancias, hacia de aquella ceremonia un acto imponente.

Iba por fin á saberse, por una y otra parte, con quién habia que habérselas.

Por su parte, todos aquellos soldados y todos aquellos oficiales comprometidos por sus palabras del día anterior, querian saber hasta qué punto serian sostenidos por la

reina en su imprudente demostración, y habían tomado puesto frente á frente de aquel pueblo escandalizado, escardecido el día antes, para oír las primeras palabras oficiales que saldrían del palacio.

El peso de toda la contrarrevolución se hallaba, pues, suspendido sobre la cabeza de la reina.

No obstante, aun estaba en sus manos el desviar esta responsabilidad y conjurar las desgracias.

Pero la reina, orgullosa como las mas orgullosas de su raza, paseando sus fijadas miradas sobre todos cuantos la rodeaban, amigos y enemigos, y dirigiéndose con una voz firme y sonora á los oficiales de la guardia nacional :

— Señores, dijo, me hallo sumamente contenta por haberos dado las banderas. La nación y el ejército deben amar al rey como nosotros amamos á la nación y al ejército.

Me ha complacido mucho el día de ayer.

A estas palabras, que la reina acentuó con el tono de voz mas firme, un sordo murmullo surgió de entre la multitud.

Un estrepitoso aplauso contestó á él entre las filas militares,

— Nos han sostenido, exclamaron estos.

— Nos han vendido, murmuró aquella.

¡Pobre reina! aquella fatal tarde del 1.º de octubre, no era una sorpresa.

¡Pobre reina! ¿Con que no te arrepientes del día de ayer?

¿Y lejos de arrepentirte, le prestas tu apoyo?

Charny, que se hallaba en uno de los grupos, oyó, exhalando un profundo suspiro de dolor, aquella justificación, ó mejor dicho, aquella glorificación de la orgía de los guardias.

La reina, apartando sus miradas de la muchedumbre, se encontró con las del joven y se detuvo sobre la fisonomía de su amante, para poder leer en ella la impresión que había producido.

— ¿No es verdad que he tenido valor? queria significar esta mirada.

— ¡Ay, señora! ¡sois mas loca que valiente! respondió el semblante dolorosamente contraído del conde.

En Versalles la corte era un héroe contra el pueblo.

En París eran solamente caballeros contra la corte; pero esta caballería corría por las calles de la ciudad.

Estos caballeros del pueblo andaban errantes y cubiertos de andrajos con la mano en la empuñadura de un viejo sable ó en la culata de una pistola, interrogando sus bolsillos vacíos y sus estómagos hambrientos.

Mientras que en Versalles se bebía con exceso, en París no se podía apagar el hambre.

Había demasiado vino sobre los manteles de Versalles.

Pero faltaban harinas en las tahonas de París.

¡Cosa singular! ¡Ceguedad inaudita, que hoy que estamos habituados á la caída de los tronos, arrancará una sonrisa de lástima á los hombres políticos!

Intentar la contrarrevolución y presentar la batalla á hombres hambrientos!

¡Ay! exclamará la historia obligada á ser filósofo materialista, nunca se bate el pueblo con mas encarnizamiento que cuando no ha comido.

Y sin embargo, era cosa muy fácil el dar paz al pueblo, y entonces el pan de Versalles le hubiera parecido ménos amargo.

Pero las harinas de Corbeil no llegaban. ¿Está Corbeil tan lejos de Versalles?

¿Quién al lado del rey y de la reina hubiera pensado en Corbeil?

Por desgracia, al ver este olvido de la corte, el hambre que se duerme con tanta dificultad, y que se despierta tan fácilmente, el hambre, repetimos, descendió pálida é inquieta á las calles de París...

Escuchó atentamente en todas las esquinas, reclutó su séquito de vagabundos y de malhechores, y fué á asomar su rostro amenazador á las ventanas de los ricos y de los funcionarios públicos.

Los hombres que se acuerdan de que los motines cuestan tanta sangre, que no han olvidado la Bastilla, y que

recuerdan aun á Foulon, Berthier y Flesselles, temen ser llamados asesinos nuevamente y esperan.

Pero las mugeres no han hecho aun otra cosa que sufrir, y las mugeres sufren tres veces.

Por el hijo que llora y que no tiene la conciencia de la causa que produce su sufrimiento.

Por el hijo que dice á su madre: « ¿Por qué no me das pan? »

Por el marido que sombrío y taciturno sale de su casa por la mañana para volver á la noche mas sombrío y mas taciturno aun.

En fin, por ellas mismas, doloroso eco de los sufrimientos conyugales y maternos, las mugeres arden en deseos de tomar revancha y quieren servir á la patria á su manera.

CAPITULO XLVII.

Las mugeres.

Las mugeres habian llevado á cumplido término la obra del 1.º de octubre en Versalles.

Y á la sazón llegaba tambien su vez y debian llevar á término la jornada del 5 de octubre en París.

Gilberto y Billot se hallaban en el Palais Royal, en el café de Foy, en donde se dirigia la opinion.

De pronto se abrió la puerta del café y entró en él una muger en el mayor estado de desórden.

Esta muger denunció allí las escarapelas blancas y negras que desde Versalles se habian estendido por París, y proclamó el peligro en que se hallaba el pueblo.

Debemos recordar lo que Charny habia dicho á la reina.

— ¡ Señora! lo mas terrible será que las mugeres tomen parte.

Esta era tambien la opinion de Gilberto.

Así es, que viendo que llegaba este caso, se volvió hácia Billot y pronunció únicamente estas dos palabras:

— ¡ Al Hotel de Ville!

Desde la conversacion que habia tenido lugar entre Billot, Gilberto y Pitou, y á consecuencia de la cual Pitou habia vuelto á Villers-Cotterets con Sebastian, Billot obedecia á Gilberto á la ménor insinuación, pues habia comprendido, que si él representaba la fuerza, Gilberto era la inteligencia.

Ambos se lazaron fuera del café, cruzaron diagonalmente el jardín del Palais Royal, y llegaron á la calle de Saint-Honoré.

En su camino encontraron á una jóven que salia de la calle de Bourdonnais tocando el tambor.

Gilberto se detuvo admirado.

— ¿ Qué significa eso? preguntó.

— Oh: bien lo estais viendo, señor doctor; una encantadora muchacha que toca el tambor, y no mal á fé mia.

— Habrá perdido algo, dijo un transeunte.

— Está muy pálida, repuso Billot.

— Preguntadle qué quiere, dijo Gilberto.

— ¡ Hé! ¡ muchacha! gritó Billot; ¿ por qué estais tocando el tambor de es modo?

— Tengo hambre, contestó la muchacha con una voz débil y entrecortada.

Y despues prosiguió su camino.

Gilberto habia oido la respuesta de la muchacha,

— ¡ Oh! ¡ Oh! ¡ mal se va poniendo esto! exclamó.

Y en seguida se puso á contemplar á las mugeres que iban reuniéndose á la jóven.

Aquellas mugeres estaban pálidas, desencajadas. Algunas de ellas no habian comido hacia mas de treinta horas.

De vez en cuando un grito amenazador se elevaba de aquel grupo; grito amenazador por su debilidad, pero se conocia que era emitido por bocas hambrientas.

— ¡ A Versalles! gritaban; ¡ á Versalles!

Y por el camino hacian señas á todas las mugeres que veian en los balcones y en las ventanas de las casas, y las llamaban para que se reunieran á ellas.

Pasó un carruaje dentro del cual iban *dos señoras*; estas asomaron la cabeza á las ventanillas, y se echaron á reír.

La escolta de la tamborilera se detuvo. Una veintena de mugeres se precipitaron á las puzuelas, obligaron á apearse á las dos señoras, y las hicieron que fuesen con ellas á pesar de sus recriminaciones.

Detrás de estas mugeres que se adelantaban lentamente, iba un hombre con las manos en los bolsillos.

Este hombre de rostro pálido y de elevada estatura iba vestido con una casaca gris y chupa y calzones negros; llevaba un pequeño tricornio colocado oblicuamente sobre su cabeza.

Una larga espada azotaba sus delgadas y nerviosas pantorrillas.

Aquel hombre seguía detrás, mirando, escuchando, y devorando aquella escena con su mirada penetrante que se escapaba bajo sus negras y pobladas cejas.

— Yo conozco esa fisonomía; la he visto en todos los motines, dijo Billot.

— Es el uger Maillard, dijo Gilberto.

— ¡ Ah! sí, ya sé quien es; el que pasó despues que yo sobre la tabla de la Bastilla, y sin duda es mas diestro que yo, pues no cayó al agua.

Maillard desapareció con las mugeres en el esquinazo de la calle.

Billot hubiera deseado imitar á Maillard, pero Gilberto le llevó consigo al Hotel de Ville.

Estaba seguro de que el motin refluiría siempre á aquel punto, bien fuese de hombres ó de mugeres, y en lugar de seguir el curso del rio iba derecho á la embocadura.

Sabian ya en el Hotel de Ville lo que pasaba en París, pero casi no se ocupaban de ello.

¿ Qué le importaba, en efecto, al flemático Bailly, al aristócrata Lafayette qué se le hubiese ocurrido á una muger el tocar el tambor?

Esto no era mas que una anticipacion de Carnaval.

Pero cuando detrás de estas mugeres se vieron llegar

dos ó tres mil mas, cuando sobre los flancos de esta tropa, que se aumentaba por instantes, se vió avanzar otra tropa no menos considerable de hombres que sonreian de un modo siniestro, descansando sobre sus miserables armas; cuando se llegó á comprender que aquellos hombres se sonreian anticipadamente del daño que las mugeres iban á causar, mal tanto mas irremediable cuanto que se sabia que la fuerza pública no llegaría á tiempo para remediarlo, y que la fuerza legal no habia de castigar, entónces se empezó á conocer la gravedad de la situacion.

Aquellos hombres sonreian porque el daño que ellos no se habian atrevido á hacer, iban á verlo llevar á cabo á la mas inofensiva mitad del género humano.

Despues de una media hora, se hallaban mas de diez mil mugeres, sobre la plaza de la Greve.

Estas, creyéndose ya en número suficiente, empezaron á deliberar con las manos apoyadas en las caderas.

La deliberacion no fué tranquila; las que émitian su opinion eran en su mayor parte porteras, vendedoras, prostitutas.

Muchas de aquellas mugeres eran realistas y en vez de haber hecho daño al rey ó á la reina, se hubieran dejado matar por ellos.

El resultado de esta deliberacion fué el siguiente:

Pongamos fuego al Hotel de Ville donde se fabrican tantos documentos que nos quitan el pan.

Precisamente en aquellos momentos se ocupaban en el Hotel de Ville de la causa de un panadero que habia vendido pan falto de peso.

Sabido es que cuanto mas caro está el pan, tanto mas lucrativa es una operacion de este género; solamente que si es muy lucrativa es tambien sumamente peligrosa.

Por lo cual los que se hallaban acostumbrados al suplicio del farol, esperaban al panadero con una cuerda nueva.

La guardia del Hotel de Ville queria salvar al desgraciado y se ocupaba de ello por cuantos medios estaban á su alcance. Pero como hemos visto hacia ya tiempo, que las

circunstancias secundaban muy poco sus filantrópicas disposiciones.

Las mugeres se arrojaron sobre esta guardia, la deshicieron y penetraron en el Hotel de Ville.

Entónces comenzó el saqueo

Ellas querian arrojar al Sena todo cuanto hallaban á las manos y quemar todo lo que no pudiesen precipitar.

Así, pues, los hombres se dedicaron al agua y las mugeres al fuego.

Esto era un impropio trabajo.

En el Hotel de Ville habia un poco de todo.

Primeramente habia trescientos electores.

Adems habia los tenientes alcaldes.

Luego los corregidores.

— Será muy pesado el ir arrojando al agua á toda esa gente, dijo una muger que se hallaba en todo; una muger que tenia prisa.

— Y no es que no lo merezcan, repuso otra.

— Sí, pero falta tiempo para ello.

— Pues bien, lo incendiaremos todo, dijo una voz, eso es lo mas sencillo.

Buscáronse hachones y se pidió lumbre.

Provisionalmente y para no perder tiempo, se ocuparon en ahorcar á un cura, á Mr. Lefevre d'Ormesson.

Afortunadamente se hallaba allí el hombre de la casaca gris. Este corta la cuerda, y el cura cae de diez y siete pies de altura, se rompe una pierna y se aleja cojeando en medio de las risas de la multitud de mugeres.

Lo que favoreció la retirada del cura, fué que los hachones se hallaban ya encendidos, y que los incendiarios los tenian ya en sus manos aproximándolos á los estantes de los archivos.

De repente el hombre de la casaca gris se precipita y arranca estos hachones de manos de las mugeres; estas se resisten, y él las azota con ellos.

En tanto que arden los vestidos de las mugeres, él se ocupa en apagar el fuego que empezaba ya á consumir los papeles.

¿ Quien es, pues, este hombre que se opone de esa manera á la voluntad terrible de diez mil criaturas furiosas?

¿ Por qué habian de dejarse gobernar por aquel hombre? Apenas han ahorcado á medias al cura Lefevre.

Y era por lo tanto preciso ahorcar bien á este hombre para que en adelante no se opusiese á su voluntad.

Despues de esta decision, se alza un grito de muerte, y á la amenaza se unen los hechos.

Las mugeres rodean al de la casaca gris y le echan una cuerda al cuello.

Pero Billot se precipita por entre aquella turba. Billot hace á Maillard el mismo servicio que Maillard habia hecho al cura.

Se apodera de la cuerda y la corta por dos ó tres puntos con un cuchillo muy afilado y muy reluciente, que en aquel momento sirve á su propietario par cortar una cuerda, pero que podria en caso necesario y manejado por un brazo vigoroso como el suyo, servirle para algo mas.

Y en tanto que cortaba aquella cuerda, Billot, exclamaba:

— ¡ Pero desdichadas! ¿ No reconocis en este hombre á uno de los vencedores de la Bastilla? ¿ el que pasó por encima de la tabla para ir á buscar la capitulacion miéntras que yo patalcaba dentro del foso? ¿ No reconocis á Maillard?

Al oír aquel nombre tan conocido y tan temido, todas aquellas mugeres se detuvieron. Miranse asustadas y se enjugan el sudor de su frente,

El trabajo habia sido fatigoso; y aunque era ya el mes de octubre no era cosa imposible sudar.

— Un vencedor de la Bastilla, Mr. Maillard el uquier del Chatelet; ¡ viva Maillard!

Las amenazas se convirtieron entónces en halagos; todos desean abrazar á Maillard, todos gritan, ¡ viva Maillard!

Maillard cambia un apretón de mano y una amistosa mirada con Billot.

El apretón de mano se traduce de esta manera :

— Somos amigos.

La mirada significativa : — Si alguna vez teneis necesidad de mí, contad con mi vida.

Maillard volvió á recobrar sobre todas aquellas mugeres una influencia tanto mas grande, cuanto que ellas comprendieron que tenia que perdonarlas algunas ligeras ofensas.

Pero Maillard es un antiguo marinero muy popular, y conoce ese mar de los arrabales que se embravece con un soplo y que se calma con una sola palabra.

Maillard sabe cómo se debe hablar ante aquellas oleadas humanas cuando dan tiempo para hablar.

Ademas, la ocasion era oportuna para hacerse escuchar, pues todas callaban en derredor suyo.

Maillard no quiere que los parisienses destruyan el Hotel de Ville, es decir, el ayuntamiento, el único poder que los protegía; no quiere que anulen el estado civil, que prueba que no todos sus hijos son bastardos.

Las palabras de Maillard producen su efecto.

Nadie será quemado ni ahogado.

Pero en seguida quieren ir á Versalles.

Allí es donde está el mal : allí es donde se pasan las noches en medio de orgías mientras que París muere de hambre.

En Versalles es donde se consume todo.

París se halla exhausto de trigo y de harinas, porque estas harinas, en lugar de detenerse en París, van directamente de Corbeil á Versalles.

No sucedería esto si *el panadero, la panadera y el pequeño mozo de pala* se hallasen en París.

Con estos apodos se designaba al rey, á la reina y al del fin, repartidores naturales del pan del pueblo.

Por fin, queda resuelto que irán á Versalles.

Puesto que las mugeres se hallan organizadas como tropas, puesto que tienen fusiles, cañones, pólvora, y que las que no tienen fusiles ni pólvora tienen picas y hoces, es preciso que elijan un general.

— ¿Y por qué no? la guardia nacional lo tiene.

— Lafayette es el general de los hombres.

— Maillard será el general de las mugeres.

— Mr. de Lafayette capitanea á esos holgazanes granaderos que parecen un ejército de reserva, puesto que hacen tan poco cuando tanto hay que hacer.

Maillard será el jefe de un ejército activo.

Sin sonreír y sin pestañear siquiera, Maillard acepta el mando que le ofrecen.

Maillard es general en jefe de las mugeres de París.

La campaña no será larga, peso sí decisiva.

CAPITULO XLVIII

El general Maillard.

El ejército que se encontraba á las órdenes de Maillard era un gran ejército.

Tenia cañones; verdad es que estos cañones estaban sin cureñas; pero á falta de cureñas, los habian colocado sobre carretas.

Contaba con fusiles, muchos de ellos sin llaves, pero todos con bayonetas.

Tenia una infinidad de armas : incómodas muchas de ellas, es cierto, pero que al fin eran armas.

Llevaba pólvora en los pañuelos, en las cofias, en los bolsillos, y en medio de este ejército se paseaban algunos de sus individuos con mechas encendidas.

Si todo aquel ejército no voló á consecuencia de alguna esplosion, fué por milagro.

Maillard, de una sola ojeada calculó las disposiciones en que se hallaba su ejército. Comprendió todo el partido que podia sacar de él y lo que habia que temer; y vió que no pudiendo contenerle dentro de París era preciso llevarlo á Versalles é impedir allí el daño que podia causar.

Obligacion penosa, difícil, heroica, pero que Maillard cumplirá con exactitud.